

La Comuna

Nº 7
Marzo
de 2002

Revista ideológica del Partido
Revolucionario de los Trabajadores



2 pesos



Página 2

Editorial

Páginas 3 a 5

La lucha política contra el reformismo

Páginas 6 a 8

El papel de las masas en la lucha política

Páginas 9 a 15

La crisis terminal del modelo aristocrático de acumulación

Página 16

Marx y la crisis de acumulación

Este séptimo número de nuestra revista aparece en un momento muy particular de la historia nacional, donde vemos al sistema sumido en la más grave crisis de su historia que se expresa en todos los terrenos.

Se expresa en lo económico, con el default, la caída de los bancos, el apoderamiento de los ahorros populares, el deterioro del nivel de vida de la población y, sobre todo, en el vertiginoso descenso de la recaudación fiscal, imprescindible para atender los reclamos de la gran burguesía financiera. Pero no se limita a lo económico.

Se expresa también en lo político, con la ruidosa caída del gobierno constitucional y los gobiernos que hasta ahora le sucedieron en contados días, con la verdadera anarquía imperante en el gobierno nacional y las administraciones provinciales; con presidentes, gobernadores, ministros, legisladores, jueces y funcionarios que no logran fijar un rumbo único, ni ponerse de acuerdo sobre los principios más generales de la representación política de que el poder burgués los ha investido. Pero semejante crisis tampoco se limita a la organización política.

Se expresa crudamente en lo social, no sólo en los espontáneos y constantes cacerolazos o en los escraches a todo político profesional que asome, sino en la expansión de la movilización, en el aprendizaje popular de que al poder se lo combate con poder y en que las amplias masas toman conciencia de que las instituciones de la burguesía no son imparciales, ni eternas, ni sagradas, que hoy la deshinchada organización nacional no garantiza nada y que es posible reemplazar a los gobernantes que ya han demostrado ser inútiles, por trabajadores que respondan al pueblo que los designa. En pocas palabras, se expresa en el desarrollo del factor subjetivo, que junto con el objetivo son la base para avanzar a la revolución. Pero tampoco es ésta una crisis únicamente social.

A esta situación de crisis extendida a todos los terrenos, muy grave para la burguesía, aunque produce muchos sinsabores a vastos sectores populares, debemos prestarle suma atención, porque abre la puerta a las luchas por el poder.

Los artículos de fondo que publicamos, sobre el enfrentamiento actual de las clases y el rol que cumple el reformismo (“La lucha política contra el reformismo”), sobre “El papel de las masas en la lucha política” y sobre la disputa de las distintas fracciones de la burguesía en plena debacle (“La crisis terminal del modelo aristocrático de acumulación”), expresan nuestra opinión sobre la crisis y sobre el papel de las clases, de las masas activas y de los revolucionarios en ella.

La lucha política contra el reformismo

Asistimos hoy en Argentina a una de las más fenomenales transferencias de riquezas en favor del capital financiero. El imperialismo, en la época del capitalismo monopolista, se muestra tal cual es, desatando en nuestra patria una profunda crisis política, producto de la intensificación de la lucha de clases. El poder de dominación política ya no es el de la década del 90. El cuestionamiento por parte del pueblo ha agudizado las contradicciones internas burguesas y se manifiesta ahora en una abierta lucha intercapitalista.

En épocas de calma de masas, estos enfrentamientos también aparecen, pero bajo la forma de asociaciones monopólicas, absorciones, fusiones, etc. Esta crisis política no se resolverá en el corto ni mediano plazo y tenderá a agravarse en la medida que el descontento popular se mantenga en el tiempo, y en el rol de la clase obrera cuando comience a desarrollar acciones capaces de hacer imposibles sueños irreales de consolidación de la dominación política.

Es importante recalcar que el proceso de concentración económica y de centralización de capitales es independiente de la voluntad de los hombres, existiendo infinitos factores objetivos que no permiten volver la historia para atrás, ni detenerla en el tiempo.

La concentración es propia del sistema capitalista y ella se agudiza en la época imperialista. A la vez, la forma política de esa concentración es la de una mayor tendencia a la reacción. En ciertos períodos esa concentración facilita desde lo político la imposición de las reglas de juego necesarias para garantizar la tasa de ganancia. En nuestro país, esos fenómenos objetivos se expresaron y seguirán expresándose con la concentración de la banca, el seguro, las AFJP, la compra de tierras a precios irrisorios, y de empresas industriales endeudadas que se oxigenarán con la licuación de sus pasivos. Todo esto será sin duda una vuelta de tuerca en el avance de la monopolización, y de concentración en el comercio minorista en favor de los supermercadistas y de los grupos monopólicos. Como en toda guerra, habrá ganadores y perdedores.

La tendencia a la concentración es inexorable, y la oligarquía financiera en este período intentará dar un paso más hacia su concentración política. Quienes queden en pie redoblarán sus fuerzas en torno a las posibilidades de retomar la dominación política, intentando un nuevo ajuste de cuentas contra el pueblo y contra las fracciones burguesas desplazadas.

Sin embargo, existen otros factores objetivos que son necesarios para el análisis de la etapa que se abre. Quienes gobiernan, desde hace un largo período, no pueden hacerlo más sin crear cada vez mayor descontento y desconfianza en el pueblo. No sólo en el pueblo se agravan los problemas cotidianos; al poder se le complica seguir ejerciendo su autoridad ante casi cualquier sector de la sociedad. La imposibilidad de seguir expoliando al pueblo con la facilidad de una década atrás, indica la necesidad de la represión y el engaño del parlamentarismo burgués, cuestión que no amortiguará la embestida popular a la que hoy asistimos. Todos éstos son cambios de carácter objetivo, independientemente de individuos, grupos y partidos e incluso de las diferentes clases en pugna que impulsan los cambios.

El inicio de una situación revolucionaria es la base material, objetiva, para avanzar a la revolución y de allí que hoy la lucha política e ideológica contra el reformismo adquiere una importancia central. El caracterizar que en las masas se presenta una situación de

tendencia revolucionaria no implica que las mismas vayan irreversiblemente a la revolución. En Argentina ya asistimos en la década del 70 a una situación revolucionaria, que a pesar de haber durado casi un lustro no derivó en revolución. Por el contrario, lo más concentrado del capital financiero sostuvo a la dictadura militar que realizó una contraofensiva criminal contra el pueblo y sus vanguardias, ahogando una salida revolucionaria de la crisis manifiesta de la época.

Al caracterizar la situación actual como de inicios de una situación revolucionaria, estamos planteando que la revolución se ha echado a andar en otro peldaño de calidad superior, y de lo que se trata entonces es de la lucha por el poder y por la instauración de un nuevo sistema revolucionario de carácter popular en donde la democracia burguesa y el parlamentarismo sean sustituidos por un sistema de democracia directa con representantes directos del pueblo, revocables en todo momento y que se apoye en la idea central del poder local en donde las masas conocen a sus delegados y en las asambleas de carácter amplio y popular que funcionan como efectivos organismos de gobierno.

Este proceso irá creando las nuevas formas capaces de garantizar la democracia directa, todo se irá resolviendo en relación a la experiencia histórica acumulada de nuestro pueblo y la capacidad de la clase obrera de realizar permanentemente y en todo terreno, acciones revolucionarias suficientes para garantizar el desarrollo del nuevo poder.

El nuevo período que se abre pone en blanco sobre negro a las políticas reformistas y a las políticas revolucionarias. Nunca como hoy la lucha abierta contra el oportunismo tiene este carácter. Para los revolucionarios, la realidad presenta una lucha reivindicativa con un alto contenido político, puesto que las masas ya están entablando esas batallas, y es de esperar que el proletariado en el corto plazo inicie un proceso de enfrentamiento. Ningún revolucionario que se precie de tal puede quedar al margen de esta lucha y esto debe quedar bien claro. A la vez, en el desarrollo de la lucha reivindicativa se hace imprescindible instalar la necesidad de la lucha política por el poder. Este aspecto central de la lucha de clases no será posible sino a través de la vanguardia de la clase obrera, constituida por los destacamentos políticos del proletariado como hoy nuestro Partido.

El reformismo local trasciende a las agrupaciones de izquierda, se asienta en la histórica dominación burguesa y busca caracterizar la época del capitalismo actual como “salvaje”, “corrupta”, “inhumana”, etc. Sustenta su idealismo en la viabilidad de un capitalismo “humano” y “solidario”, que a través de reformas pueda erradicar el carácter reaccionario del mismo. Trasladan la lucha por reformas en lo reivindicativo al terreno político y ponen a la revolución del lado del “aventurerismo”, “ultraizquierdismo”, “anarquismo”, “espontaneismo”.

Como hemos visto, nuestro país se encuentra en la etapa del capitalismo monopolista de Estado, aspecto que fundamenta el carácter esencialmente reaccionario a que tiende y adquiere el capital financiero. El reformismo se expresa de diversas formas, por izquierda o por derecha, según la fuerza política que lo exprese en lo central, la línea divisoria que separa revolución de reforma es la lucha por el poder y qué clases se disponen a dirigir la lucha. En lo particular esto se expresa en la subestimación de la capacidad de las masas en desarrollar sus propios instrumentos de poder.

A pesar del enfrentamiento que se dará de mil formas, la clase obrera también está influida por la dominación de la burguesía, por lo que deberemos seguir bregando en la idea revolucionaria de que hoy por hoy, la lucha reivindicativa es política en sí misma, y se irá transformando en lucha política revolucionaria en la medida que se plantee –sin

ningún tipo de subestimación a las masas— el problema del poder. Es durante este proceso, de plena movilización y enfrentamiento, donde la burguesía está insistiendo en que la crisis política derivará en una crisis “constitucional”, y a ese ritmo está bailando toda la lacra oportunista, orientando sus propuestas a la reconstrucción de la “institucionalidad” del sistema, en donde unos llaman a elecciones ya, otros a una asamblea constituyente, y los más “progresista” se montan en el sentimiento popular, planteando que “se vayan todos”. Lógicamente el único fin es aparecer ellos como los salvadores de la patria.

Frente a esto los revolucionarios debemos insistir ante la clase obrera y todos los sectores populares en el planteo de que la actual crisis política puede derivar en el corto plazo en una situación revolucionaria. Este será el marco donde la actividad consciente permitirá avanzar en el camino de la revolución, proceso en el cual el proletariado deberá desarrollar las acciones políticas objetivas que permitan abrir las puertas para el triunfo en la lucha por el poder.

El reformismo está desplegando hoy toda su artillería que en esta nueva situación histórica no pierde de vista la continuidad del sistema capitalista. El proletariado, sus destacamentos de vanguardia deben entonces intensificar la lucha política e ideológica ya que la base material y sostén de ‘esa constitucionalidad burguesa’ reflejará una vez más la dominación de los monopolios en toda la estructura del Estado.

Nuestra lucha tiene la posibilidad, en esta época de crisis, de penetrar principalmente en el proletariado industrial con las ideas revolucionarias, las ideas de la lucha por el poder, sabiendo que en la permanente movilización reivindicativa y política las masas son más permeables a lo nuevo, que expresan las ideas del nuevo poder.

La “constitucionalidad burguesa” buscará cubrirse con las formas “progresistas” de los Terragno que hablan de la revolución social de las cacerolas, las Carrió que profundizan en esa línea, los Duhalde con la “refundación de la Patria”. También aparecen los ideólogos del sistema abundando sobre las nuevas formas de protesta, de su originalidad, etc., conceptos abstractos que dejan de lado la cuestión del poder y del control del Estado, algunos llegan incluso a hacer mención a “verdaderas luchas” como la de los Zapatistas, y así toda una sucesión de disparates que quieren desviar las aspiraciones de cambio que expresa la protesta social.

El proletariado y sus destacamentos deben plantear la alternativa desde un nuevo poder, en donde el imperialismo, el capital financiero, la oligarquía financiera sean desplazados totalmente. De allí que el camino a recorrer obliga a los revolucionarios a desarrollar nuevas tácticas, nuevas metodologías, nuevas formas orgánicas políticas, que desde la experiencia concreta ya viene realizando el proletariado y el pueblo, experiencia que es necesario encaminar hacia la revolución de carácter popular, antiimperialista, hacia el socialismo.

El papel de las masas en la lucha política

Uno de los problemas esenciales de la revolución en nuestro país es el de las formas organizativas y políticas que se den las masas para, desde el enfrentamiento antimperialista, pasar a una estrategia de construcción de su propio poder, hacia la creación de un Estado Revolucionario. Esta cuestión toma nuevos bríos en épocas en las que las masas se lanzan resueltamente a la lucha política y recrea debates muchas veces realizados pero necesarios de abordar nuevamente, a la luz de los acontecimientos presentes.

El actual estado de ofensiva de masas se sostiene en un proceso que, sólo a los fines del presente artículo, dividiremos en tres grandes etapas. La primera, que va desde el proceso de recuperación de la democracia burguesa hasta la caída del gobierno de Alfonsín. La segunda, el proceso hiperinflacionario y la llegada del gobierno de Menem hasta el Santiagueñazo. Por último, la tercera que va desde los sucesos de Santiago del Estero a nuestros días.

En la primera de las etapas marcadas, fue notable la importantísima movilidad que las masas desarrollaron durante un período en el que, de alguna manera, se intentaba empezar todo de vuelta. Desde las grandes movilizaciones del 30 de marzo y 16 de diciembre de 1982, luego por el juicio y castigo a los responsables del genocidio, pasando por las innumerables luchas que apuntaban a la defensa de las condiciones de vida de la población, más las inmensas movilizaciones de Semana Santa en 1987, toda esta etapa fue un enorme aprendizaje de vivir bajo el régimen democrático burgués y constatar, en la práctica, las limitaciones de éste a la hora de hacer lo que el pueblo exigía y aspiraba en cada momento en particular. Como ejemplo de ello podemos citar la declaración de la “economía de guerra” en el 84 (que fue, ni más ni menos, la confirmación de la continuidad de la política económica de la dictadura) o la famosa frase “la casa está en orden” que, sintetizando las concesiones a las Fuerzas Armadas, le dio continuidad al orden constituido.

En la segunda etapa, con la traumática experiencia de la hiperinflación auestas, nuestro pueblo puso todas sus expectativas en la asunción de un gobierno que, en las promesas, venía a reconstruir un país en decadencia y a generar producción y trabajo para todos. Sabemos como siguió la historia. A poco de andar, el gobierno de Menem se sacó la careta y siguió adelante con una política de expropiación a las clases oprimidas, a la vez que producía una enorme transformación en la estructura estatal que dejó en la indefensión a millones de compatriotas. De la expectativa inicial se pasó a momentos de desconcierto y confusión en una importante capa de la población. Sin embargo, lo que por arriba aparecía como un mar tranquilo llevaba por abajo grandes turbulencias que fueron manifestándose en una línea ascendente. En 1994, con el Santiagueñazo, comienza una época en la que todo iba a ser distinto.

Los hechos de Santiago fueron el primer grito de BASTA que recorrió el país de punta a punta y marcó el inicio de un auge sostenido en las luchas del pueblo. Este tercer período estará marcado por una mayor contundencia en el enfrentamiento, en el que las masas avanzaron, retrocedieron, volvieron a avanzar, volvieron a tomar descansos, pero en cada uno de esos avances se expresaban nuevas síntesis de lucha y organización. Basta recordar algunos mojones que marcaron esa época: las luchas obreras en Tierra del

Fuego; los primeros cortes de ruta en Cutral-Có con la participación del proletariado petrolero desocupado luego del desguace de YPF; la generalización de la resistencia de los empleados estatales a los sucesivos ajustes en la totalidad de las provincias de nuestro país; los sucesos de Corrientes con ocho meses de permanente movilización de todo el pueblo; las puebladas en Tartagal y Gral. Mosconi con grados de organización de doble poder y la utilización de formas pacíficas y violentas. Cada una de estas instancias fueron marcando el permanente auge del estado de ánimo y la movilización de las masas, así como también la aparición de formas de organización nuevas (que traían toda la experiencia acumulada por nuestro pueblo) y que apuntaban a establecer el ejercicio de la democracia directa y la ruptura con las formas representativas políticas y gremiales que estaban establecidas.

En toda esta época de práctica masiva se fueron sintetizando importantísimas conclusiones. Estas pueden resumirse en: la comprobación práctica de las limitaciones de una democracia representativa que, en la etapa del capitalismo monopolista de Estado, sólo representa los intereses de la oligarquía financiera; como consecuencia de ello, el cuestionamiento abierto a todas las instituciones del Estado monopólico y a las organizaciones políticas, sindicales y sociales que terminaron siendo funcionales al sistema.

Todas estas experiencias alimentaron la acción y la conciencia del movimiento popular. Es ésta la génesis de la autoconvocatoria de masas, instalada hoy en todo el país, que resume no sólo el rechazo de todo lo viejo sino también la búsqueda y la construcción de nuevas herramientas que expresen las aspiraciones y la voluntad del pueblo. Esta es la razón por la que nuestro Partido caracterizó, desde un comienzo, a la autoconvocatoria como esencialmente revolucionaria ya que venía a reemplazar las caducas formas de representatividad por formas superadoras que nacieron de la práctica de las masas. Explicaba Lenin: “El marxismo no las inventa sino que sintetiza, organiza y hace conscientes las formas de lucha que aparecen de por sí en el curso del movimiento”. Las masas crearon su organización política y esta creación es producto de la práctica masiva y no de la elaboración de gabinete. Por lo tanto, la tarea de los revolucionarios no es reemplazar, con formas y estructuras que intentan vestir lo nuevo con ropas viejas lo que las masas han plasmado. Muy por el contrario, se trata de respetar esa experiencia y aprender de ella.

Aparece una pregunta obligada: ¿cuál es el papel de los revolucionarios en esas organizaciones? Y la respuesta es muy diferente según desde qué concepción se le intente dar respuesta.

El problema principal a resolver es la organización de la unidad del pueblo en contra del imperialismo. Durante los años “70 nuestro Partido tuvo una política de alianzas que reflejaba la experiencia política que las masas estaban transitando. En esas épocas el movimiento de masas tenía una expresión genuina en organizaciones políticas, sindicales, barriales, culturales y sociales de todo tipo que hacían posible plantearse la unidad política del pueblo desde las coincidencias tácticas y estratégicas que las organizaciones pudieran ir expresando. De allí que nuestro partido lanzara la conformación del FAS (Frente Antiimperialista por el Socialismo) como síntesis de esa concepción, el que llegó a tener importante cantidad de adhesiones. Esta y otras experiencias de unidad popular que existieron en aquellos años eran la síntesis de una etapa en la experiencia del

movimiento de masas. En esencia, la unidad antimperialista está hoy tanto o más vigente, sin embargo las formas que ésta adquiere en la actualidad son muy diferentes.

Hoy, la mayoría de las fuerzas políticas entiende que esa unidad se plasma entre organizaciones que, supuestamente, representan al conjunto del movimiento de masas, sin ver que esa representatividad (aun para las llamadas fuerzas de izquierda) está totalmente superada por la práctica que han hecho los sectores más avanzados de la sociedad. Este error de concepción termina indefectiblemente en una política que reemplaza a las masas en la decisión y la acción, donde los aparatos y los “dirigentes” son los que pesan.

Nuestro Partido sostiene que la unidad del pueblo se plasma desde los intereses concretos y materiales de la vanguardia del pueblo del lugar, con respeto por sus aspiraciones más inmediatas y sentidas y no llevando consignas bajadas vaya a saberse de qué ilustre conciliábulo, proponiendo organizar desde el aparato y no desde la política concreta, la que las masas hacen suya en cada momento. Cuando la unidad se plasma en política, como sucede en los momentos que vivimos, la organización pasa por esa política y se deben respetar los tiempos y la experiencia de las masas de cada lugar. Pretender organizar todo a la misma hora, en el mismo lugar, es de un idealismo absoluto que no tiene en cuenta las características ni la realidad concreta en las que el movimiento de masas se desarrolla. Es necesario entender que las masas están transitando un proceso muy complejo, pero a la vez muy rico y que el camino para llegar donde hoy se encuentran, fue trazado nada más que por su propia experiencia.

Papel de la vanguardia

Hoy, en una época de ofensiva, son innumerables los contingentes de hombres y mujeres—sobre todo jóvenes— que se vuelcan a realizar sus primeras experiencias políticas. Se trata entonces de aportar a esas camadas la visión revolucionaria de la sociedad, el papel de las clases, el por qué de la lucha por el poder, el carácter del enemigo que se tiene enfrente, etc., para avanzar hacia objetivos políticos más elevados y, a su vez, facilitar la incorporación de nuevos contingentes a la acción política.

Cuanto más amplio es el torrente que se vuelca a la lucha, tanta mayor importancia adquiere la tarea de los revolucionarios y su partido para permitir seguir abriendo nuevos cauces. Pero ello sólo puede realizarse desde el respeto a rajatabla que debemos tener por la democracia directa y todas sus expresiones. Intentar adueñarse de él o llevarlo hacia donde deciden un grupo de “dirigentes” barre con un principio esencial: la revolución es la obra creadora y activa de las masas. Y cuando hablamos de ello nos estamos refiriendo a millones de voluntades que quieren cambiar el estado de cosas, las cuales son imposibles de reemplazar por grupos o partidos sin caer en el aventurerismo o en una política donde el partido es el que decide y el pueblo es el rebaño que acompañará esas decisiones.

La revolución la hacen las masas. Esta es una verdad inapelable. Pero tan cierto como eso es que sin partido, sin dirección política revolucionaria, no hay revolución. En una etapa de ofensiva, estas cuestiones se ponen a la orden del día pues en ningún lado está establecido que la revolución es inexorable, por más que las masas hostiguen en forma permanente al poder del régimen.

Las épocas que se vienen requieren de un firme convencimiento en las concepciones que hemos desarrollado hasta aquí y de una clara política partidaria que aporte para que el gran torrente de masas se vuelque a la acción revolucionaria. Para ello el partido del proletariado tiene hoy dos grandes responsabilidades: por una lado, aumentar su accionar y penetración en la clase revolucionaria, la clase obrera, para que ésta se incorpore decididamente a la lucha de todo el pueblo y facilite el paso a nuevas calidades de enfrentamiento; por el otro, es necesario motivar, alistar y movilizar a la mayor cantidad de destacamentos de vanguardia para que los mismos vuelquen al movimiento de masas la política y la labor revolucionarias. En esta tarea todos y cada uno de los hombres y mujeres ligados al Partido deben tener su puesto de lucha. Todos y cada uno saben y pueden llevar adelante nuestras concepciones y nuestra política allí donde estén, de las mil y una formas, con la creatividad y la fortaleza que les brinda sentirse parte de un proyecto revolucionario. Cada voluntad que sumemos a esta tarea, por mínima que parezca, es una enorme contribución a la lucha y la organización de nuestro pueblo. Debemos asumir el reto de la dirección política con una amplitud de miras que exprese nuestra confianza en las masas, nuestra convicción que allí se encuentran todos los recursos necesarios para llevar adelante esta empresa. Nuestra responsabilidad no es reemplazar su protagonismo sino contribuir a desarrollar el talento organizador y creador que permita emplear todas las fuerzas. Allí está la clave y la garantía para el impulso de una política revolucionaria que confronte en todos los terrenos con la política imperialista y lleve a nuestro pueblo a la victoria y al poder.

La crisis terminal del modelo aristocrático de acumulación

Las recurrentes crisis del ciclo industrial y financiero han estado presentes casi regularmente en Argentina cada diez años y han sido hitos del importante avance del capital financiero sobre la economía local y sobre el control del Estado. En 1980, durante la dictadura militar y con Martínez de Hoz como ministro de economía, se produjo la primera gran crisis financiera de este ciclo que arrastró ya entonces al banco más importante del sistema local (el BIR) y transfirió los pasivos bancarios al Estado. La crisis de inicios de los '90 con la transición Alfonsín/Menem, se expresó en la sucesión de seis ministros de economía en menos de un año, en un contexto de hiperinflación y la apropiación de depósitos a plazo fijo con el Plan Bonex, proceso que también implicó una violenta transferencia de ingresos a favor de los sectores más concentrados del capital. El 2001, con 4 ministros de economía y 5 presidentes se presentó como una combinación agravada de estas tendencias, donde ahora la crisis financiera tiene impacto directo sobre todo el sistema político y sobre componentes centrales del orden burgués mismo. El desarrollo y la resolución de cada una de estas crisis implicó la expulsión sistemática y violenta de fracciones sociales del sistema económico consolidando un esquema sustentado en la vía capitalista más "reaccionaria". Este modelo avanza período a período con marcado despotismo aún sobre las más "naturales" conquistas y libertades burguesas como el derecho de propiedad. Su expresión más gráfica ha sido que en sólo un par de meses la crisis obligó a congelar los depósitos privados en los bancos, a decretar la más amplia moratoria de todos los pagos de la deuda pública (interna y externa) y a romper de raíz con casi todos los contratos privados y públicos. Así, la imposición del modelo aristocrático de acumulación capitalista determinó en sucesivas etapas en los últimos 25 años: a) la pérdida del empleo industrial, b) la expansión de los espacios rentistas del capital financiero, c) la pérdida de históricas conquistas sociales no vinculadas a la remuneración salarial, y d) la abierta transformación de los cuadros políticos burgueses en funcionarios directos del capital monopolístico. Con este esquema, se llega al estado actual donde la distribución regresiva del ingreso genera día a día casi sin mediación una extensión y profundización de la lucha de clases. Este hecho ha dejado de ser un elemento propio de la dinámica general capitalista, pasando a tener la especificidad de estar produciendo una crisis que genera una extraordinaria debilidad ideológica y material en la hegemonía y el dominio de la burguesía. Sostener la continuidad del actual modelo de acumulación reaccionaria implica continuar los efectos destructivos del avance del capital monopolista sobre cada área donde se asienta, fenómeno que comienzan a presentarse como una política insostenible para el poder económico. La crisis está abriendo valiosos espacios políticos de discusión teórica y de lucha para los revolucionarios.

1. Introducción

Como ya hemos señalado en notas anteriores de La Comuna de análisis de cuestiones propias del desarrollo capitalista en Argentina, entender la persistencia del actual proceso de crisis¹ implica entender la dinámica y desarrollo dialéctico de dos cuestiones centrales.

Primero: La crisis entendida como parte de un proceso iniciado en 1975, donde la referencia principal suele ubicarse en el "Rodrigazo"², hito histórico orientado a sentar

las bases políticas y económicas para la ruptura estratégica del híbrido y débil “capitalismo industrial dependiente”. El camino recorrido hasta ahora por el capital financiero se encuadra en la lucha por imponer progresivamente en Argentina un modelo de gigantesca exclusión social al más pleno estilo dominante en América latina, modelo que se asienta en un poder económico y político fuertemente concentrado en un reducido segmento de la población que adquiere características de un orden de tendencia aristocrático³. Este proceso además opera en relación directa a las grandes estrategias del capital financiero internacional en alianza con los principales grupos económicos locales. Segundo: El efecto particular de como esta política tiene impacto en la sociedad argentina donde la relación capital-trabajo asalariado estuvo durante décadas en expansión, siendo esto indicador de que importantes segmentos de la población vivieron dentro del esquema capitalista formal bajo los “beneficios” del trabajo asalariado directo o por recursos indirectos vía un cierto nivel de “conquista sociales” ligadas al modelo del Estado benefactor (salud, educación, vacaciones, etc.). En términos relativos, esto implicó importantes grados de inclusión social aún dentro del modelo capitalista con determinantes efectos sobre las relaciones sociales y políticas donde el reformismo era la forma ideológica dominante.

2. Argentina como laboratorio de la crisis capitalista

La persistencia de factores críticos y la recurrente inestabilidad política y económica pueden ayudarnos a entender a este país como un “laboratorio” donde se pueden evaluar situaciones de crisis y su efecto material, la degradación de relaciones de producción capitalista desarrolladas. Fenómenos como el “Rodrigazo”, las formas de represión durante la dictadura militar, la guerra de Malvinas, la hiperinflación, la apertura financiera irrestricta, el endeudamiento a niveles críticos de un país, la deflación, el retorno al trueque por importantes franjas de la población y finalmente la alteración directa de la pequeña propiedad privada burguesa (los depósitos bancarios), no expresan reglas generales y normales de cualquier economía capitalista, salvo condiciones especiales como la guerra o la depresión⁴.

Sin duda, esta situación de “laboratorio” surge de la complejidad para desarmar la tensión existente en la lucha de clases en Argentina. La base conceptual de esta tensión es cómo impacta la crisis capitalista resultante de un esquema económico de base financiera y qué fenómenos produce sobre las relaciones sociales en un modelo de carácter “inclusivo”.

¿Cómo se transforma y se desarrolla políticamente una sociedad que sin pausa debe expulsar a sus “ciudadanos” a la pauperización?

Bajo esta premisa, el proceso de polarización social se ha desarrollado a lo largo de los últimos 25 años generando un decisivo agravamiento de la lucha de clases, aún la intercapitalista. Esta situación no hace más que expresar una situación de crisis histórica de dominación de la burguesía que en la actualidad avanza rápidamente en escala ampliada. La drástica ruptura dentro del orden social expresa el impacto del modelo económico-social sobre las condiciones alimentarias, culturales y salud de millones de argentinos. Como análisis objetivo, nuestro punto de partida será observar la evolución de la distribución del ingreso entre 1974 y el año 2000.

El cuadro N° 1 presenta un indicador general de cómo ha avanzado el proceso de concentración de la riqueza en los últimos 25 años. El desarrollo del actual modelo económico-social se sustenta y refuerza en el hecho que hoy el 10% de la población

dispone del 36% del ingreso (8 puntos más que en 1974). El incremento de estos 8 puntos fue aportado en 1.3 puntos por el sector medio/alto, en 3.8 puntos por el sector medio/bajo y en 2.9 puntos por el sector más pobre. Esto representa una exacción porcentual (cuánto se le sacó a cada sector en la redistribución regresiva) de 16% al sector medio/alto, de 48% al sector medio/bajo y de 36% al sector más pobre. En resumen, estos datos indican con absoluta precisión que mientras el 10% de la población (3.5 millones) se beneficia con el 36% del ingreso, otro 60% (21 millones) recibe menos del 27%.⁵ Las estadísticas oficiales y los diarios (La Nación 21/2) titulan “En la Argentina ya hay más de 14 millones de pobres (...) Para analistas y funcionarios en un contexto de recesión y ascendente inflación, la combinación no podría ser mas riesgosa”.

3. ¿Adónde nos llevaron 25 años en el poder de la alianza social “reaccionaria”? Desde 1975 por la fuerza, y desde 1982 (a partir de la derrota en la Guerra de Malvinas) con la búsqueda de la legalidad burguesa, se produce la quiebra definitiva (material e ideológica) de la alianza de clases que había sustentado al modelo industrialista-populista. La alianza social que había gobernado hasta 1975 con diversos matices y coberturas ideológicas tuvo por integrantes fundamentales a importantes fracciones del capital industrial, los trabajadores y la burocracia estatal (militar y civil). De aquí en adelante, la tendencia a la reacción en la economía se expresó nítidamente en la política y los trabajadores nunca más tuvieron representatividad social en el marco del proyecto burgués, dejando de ser aún aliados subordinados de las alianzas de gobierno en el poder.

Los indicadores económico-sociales del presente respecto de la situación de la clase obrera y del ejército industrial de reserva (los desocupados) son un preciso indicador de esta relación de fuerzas. El cambio de los sujetos sociales durante la última década y media estableció básicamente una nueva dirección social conformada por el capital financiero, los funcionarios políticos (antes habían sido los cuadros militares) y la pequeña burguesía. En la fase inicial (1976), esta alianza fue sólida y homogénea en un esfuerzo por liquidar el avance de las masas y la clase obrera. La represión a la vanguardia de las masas además se encuadraba dentro del plan político del imperialismo para América Latina. Años más tarde (1983), el régimen de dominación se adapta a las nuevas condiciones de la “democracia parlamentaria” desarrollando la “economía de guerra” (1984) como línea general, pasando por el Plan Bonex⁶ hasta llegar a la crisis hiperinflacionaria de 1989/90. Sin lugar a dudas, la iniciativa en toda esta etapa estuvo en manos de la burguesía más concentrada, quedando por definir para cada período bajo la hegemonía de qué fracción se podía avanzar centralmente sobre los recursos del Estado (festival de Bonos, patria contratista, capitalización de deuda externa, regímenes de promoción industrial).

El avance del capital monopolista sobre la estructura política y los recursos económicos del Estado fue la forma que tomó la “tregua” entre capitalistas en la década del “90. Las posteriores situaciones de crisis, en especial las ocurridas a partir de 1995 (crisis de México/1994 / Efecto Tequila) crearon tensión intercapitalista que todavía no alcanzó para romper las alianzas, en especial porque la cúpula esperaba el más grande negocio generado en favor del capital financiero, que fue la privatización completa de YPF.

Sin embargo, crisis financieras globales de diversa escala (Sudeste de Asia/1997, Rusia/1998, Brasil/1999, Turquía/2001) cada vez más recurrentes fueron indicio del agotamiento de los mercados globales comenzando a sentar las bases materiales para el “achicamiento” de los espacios económicos posibles de ocupar por cada integrantes del poder económico. La realidad local indicaba que sobraban tanto capitales y capitalistas como fracciones de pequeña burguesía. Este proceso se expresó en los primeros ataques directos a la estructura sobredimensionada del sistema político, en la expansión sin precedentes del supermercado y con la puesta en duda del número rentable de integrantes del capital financiero en el reparto de los negocios, entre otros fenómenos. Su efecto material puede encontrarse en el cierre de más de 150 bancos en los últimos 5 años, en la quiebra extendida del comercio minorista, en la pérdida de poder de importantes grupos económicos que habían sido muy activos a los inicios del proceso privatizador (Astra, Macri, Pescarmona, Sociedad Comercial del Plata) y en el cuestionamiento frontal de la sociedad al gasto público en el sistema político. Esta disputa se agravó aún más cuando el poder político se diluyó a partir de 1999 en una alianza electoral (la “Alianza”) sin representatividad material en los negocios y el poder. Se llega entonces al presente, con una crisis de características terminales, donde lo terminal -por el momento- no representa la caída del modelo económico, ni del régimen capitalista, pero sí la extensión de la percepción abierta de su carácter reaccionario por parte de cada vez más numerosos sectores de la sociedad. Esta cuestión conduce abiertamente a la confrontación de estrategias en un proceso que, sin duda, será largo y en permanente transformación.

Asimismo, la crisis en su cruda magnitud representa una nueva vuelta de tuerca en el proceso centralizador de la riqueza, presentando ahora aspectos novedosos dentro de esta tendencia. Se destaca la expropiación directa realizada a inmenso sectores de la pequeña burguesía de sus derechos de propiedad (de la clase media/alta y la clase media/baja), segmento que hasta ahora representaba el principal sustento político electoral del orden burgués. Este mismo proceso también ha implicado de hecho una forma de ruptura de casi todos los contratos “legales” de la operatoria burguesa (ley de convertibilidad, ley de intangibilidad de los depósitos, contratos y tarifas en dólares, ley de quiebras, etc.), cuestión que ha representado una poderosa base para la quiebra ideológica de numerosas fracciones sostenedoras de la vigencia de la propiedad privada y las reglas “claras” para los negocios. La imposibilidad de resolver la crisis a través de algún nivel de “consenso” provocó que uno de los modelos financieros más abiertos de las últimas décadas en el mundo optara finalmente como mecanismo de protección del capital financiero por la expropiación de manera directa a los contribuyentes a ese mismo modelo. Pocos ejemplos de este tipo pueden encontrarse en la historia del capitalismo mundial. Dentro de esa inmensa disputa, la burguesía ha perdido históricos espacios en el campo de la dominación, entendida ésta como la visión espontánea del orden natural del régimen capitalista como institución social.

4. El significado de la crisis actual y la exportación de capitales

La crisis actual representa nuevamente, al igual que en otros períodos históricos de Argentina (1930, 1943, 1955, 1975), un momento donde se rompe la unidad capitalista. Este fenómeno da origen a un ciclo donde la fragmentación de intereses dentro del poder económico, antecede y determina la posterior fragmentación del poder político.

Cuando concluyó el proceso más activo de privatizaciones, desregulación de mercados, apertura de la economía y transferencia al exterior de los resultados de una parte sustancial de la valorización financiera desarrollada a través del incesante endeudamiento público, fue indicador que un ciclo había terminado. Con vistas al futuro, se hicieron necesarios nuevos negocios y nuevas reglas.

Como señalamos antes, con el comienzo de la recesión por el impacto de la crisis de Brasil en 1999 esta tendencia comenzó a estar latente. La imposibilidad para generar superganancias necesitó hechos concretos para romper las alianzas económicas y políticas vigentes. Un hecho complejo resultó que las posibilidades materiales para desarrollar cambios y nuevas estrategias económicas quedó fuertemente condicionado por los mismos cambios ocurridos durante toda la última década en la estructura económica. Su expresión a nivel de la economía puede encontrarse en la evolución diferenciada de los sectores que componen el PBI. Entre 1995 y el 2001 el saldo fue el fuerte crecimiento del rubro Servicios (+14%) seguido por Productos Primarios (+6%) y el estancamiento del sector Bienes (+2%). Dentro de servicios, se desarrollaron en especial los financieros (Bancos, AFJP y Seguros). En el rubro bienes los correspondientes a inversiones en empresas de servicios públicos privatizados como Electricidad, Gas y Agua, casi exclusivamente. Unos escalones más abajo encontramos el Comercio Mayorista, la Educación Privada y la Actividad Inmobiliaria. El valor de cero (0%) para el sector industrial es además de una tendencia global dentro del capitalismo (crecen los servicios y se contrae la manufactura) una consecuencia directa de la sustitución de producción local por importada, cuestión que además ha dejado tras la devaluación condicionamientos de peso en el sector industrial.

Por lo tanto, en una economía agotada en su capacidad de financiamiento, la posibilidad de poder generar un nuevo ciclo de grandes negocios requería de drásticas rupturas. El alto precio de los activos valuados en dólares resultaba un poderoso escollo. Asimismo, un presupuesto público con un alto déficit también en dólares agravaba esta situación. Durante el período de “tregua” y valorización financiera, la alianza del capital monopolista con los funcionarios políticos indicaba que estos estaban “autorizados” a expandir el gasto en política y prebendas hasta donde la voracidad lo permitiera. El poder económico toleró durante más de una década esta situación porque la contrapartida material de negocios concedidos fue fabulosa. La moneda de cambio fue la entrega sin precedentes de las principales empresas argentinas. Este esquema, asimismo, funcionó enmarcado en una estrategia de ingreso y salida de capitales totalmente libre que fue la forma adoptada para aportar la liquidez a los negocios. La crisis de Brasil en 1999 demostró que el modelo local no era “inmune” a los shocks externos.

La quiebra del modelo económico expresada en casi tres años de recesión comenzó a trasladarse progresivamente al campo de la política. En este marco, la consigna que la burguesía lanzó para recomponer su unidad fue la lucha contra la “corrupción” como última tentativa reformista para relocalizar parcialmente esta tensión. En esta estrategia se ubicó la primer gran fractura seria entre la estrategia de las fracciones de burguesía ligadas a la política y las necesidades objetivas del capital financiero. El proyecto político electoral entonces chocó con la realidad. Los intereses entre ambas fracciones pasaron a ser cada vez más dispares. Los ajustes necesarios en las cuentas del Estado fueron en primera instancia socializados vía la política impositiva a otras fracciones de la burguesía y de allí a todos los sectores sociales. Sin embargo, su resultado fue un progresivo

agravamiento de las condiciones económicas generales y un acelerado proceso de pauperización que en sólo tres años determinó una pérdida sin precedentes de empleos. Es central entender que la alianza política estaba ya quebrada antes de las medidas del “corralito”, cuestión claramente expresada en los resultados electorales de octubre pasado que marcaron un alto nivel de fractura. La crisis política afectó la economía agravando la situación social hasta niveles insostenibles. Las regiones del país con más altas tasas de desempleo a octubre del 2001 son también los principales centros urbanos del país y se corresponde cada vez más con los principales polos de enfrentamiento al actual esquema.

5. La década del ‘90 y el desarrollo de la relación globalización-pauperización

Si bien la lógica de la concentración de la riqueza tiene su raíz misma en el proceso general de la acumulación capitalista, existe un hecho fundamental para entender, que es la extensión, velocidad e impacto de este fenómeno en la fase imperialista de la globalización. La extensión de la relación globalización-pobreza está dada por una fase caracterizada por la expansión casi sin límites del proceso de competencia a escala mundial. Este fenómeno arrancó en los inicios de la década del ‘90 y se extendió en un claro sentido expansivo hasta 1997. Durante esta década, el mercado mundial se vio fuertemente impactado por una altísima movilidad del capital y una gigantesca ola de fusiones y compras de empresas en todo el mundo, actividad estructurada a través de elevados niveles de apalancamiento⁸ financiero. Los grandes grupos industriales y financieros buscaron mayores espacios de negocios en todo el mundo, muchos de ellos en simultáneo y orientados a neutralizar el avance de los competidores⁹.

La posibilidad de obtener grandes ganancias de corto plazo en condiciones de alta competencia estaba sujeta a la posibilidad de realizar profundas transformaciones en la esfera de la producción, la distribución y el consumo. En el caso de Argentina, este modelo funcionó plenamente vía una lógica de valorización acelerada del capital (la mayor ganancia en el menor tiempo), política que se plasmó desde los inicios mismos del Plan de Convertibilidad, con las privatizaciones de empresas públicas, con la desregulación de los mercados y la desnacionalización del sector industrial y comercial. La ecuación de estos negocios fue la hiperacionalización empresaria de las estructuras de costos y producción, acción que generó sectorialmente junto a crecientes niveles de desempleo, el aumento de la productividad (plusvalía relativa) y elevadas ganancias líquidas¹⁰.

6. La devaluación de los dólares “falsos” y la anarquía de las “cuasi monedas”

La alianza social de la última década también se sostuvo por el poderoso efecto ilusorio de que la moneda local (el peso) valía igual que la moneda de la economía con mayor productividad en el mundo, la norteamericana. Mientras los operadores económicos y financieros pudieron obtener ganancias y girarlas al exterior, la vigencia de este modelo necesitó ampliar su legitimación social. Este proceso llegó hasta el nivel de la emisión local de dólares vía el mecanismo del multiplicador bancario. Si una “X” persona depositaba U\$S 1.000 (o \$ 1.000) en un banco (operación que era legal) ese banco guardaba del total el 20% en concepto de encaje¹¹ -U\$S 200- y prestaba los U\$S 800 restantes que tenía en la caja. Esos U\$S 800 volvían a ser utilizados comercialmente y depositados en otro banco que también generan una capacidad prestable adicional (U\$S 800 menos el 20% o sea U\$S 640 disponibles y otros U\$S 160 para el encaje). Así el depósito inicial de U\$S 1.000 llega a multiplicarse por 5 veces en todo su recorrido. Al

final de este proceso multiplicador hay en circulación U\$S 5.000 y reservas monetarias por sólo U\$S 1.000. De esto resulta entonces un efecto muy similar al juego de la silla, en el que no todos pueden sentarse a la vez. Mientras mayor y acelerada fue la fuga legal o ilegal de capitales, menos fueron las sillas que quedaban para sentarse.

La premisa a entender aquí es absolutamente clara: una economía dependiente sólo puede emitir dólares si esos son dólares “cuasi” falsos y sin respaldo. Asimismo, a nivel político el esquema de 1 peso-1 dólar sirvió como un poderoso anclaje ideológico y material para amalgamar la alianza social del capital financiero con la pequeña burguesía, tal como ya había ocurrido entre 1978 y 1980, otro período de dólares “baratos”. Finalmente, como todo proceso de falsificación terminó estrepitosamente vía la negación de los mismos derechos de propiedad capitalista, expulsando al vacío a la fracción que en las últimas décadas reguló los resultados electorales.

Igual consideración vale señalar respecto del nivel de anarquía capitalista que está planteado a partir de la fragmentación del poder monetario del Estado. La emisión generalizada de las “cuasi monedas” nacionales y provinciales (Patacones, Lecop, Lecor, Cecacor, etc.) no hace más que expresar además de la crisis de financiamiento del sector público, el elevado grado de fragmentación y deslegitimación del poder de la burguesía en su conjunto. La anarquía de la moneda también es un paso adelante en los potenciales proyectos de fragmentación geográfica y regional del país.

7. El poder económico hoy y la lucha por el reparto de los nuevos negocios

La avalancha de medidas económicas aplicadas durante el último año y en especial desde el 30 de noviembre pasado, son el preciso indicador de la explosión de una feroz disputa intercapitalista. En primera instancia, la lucha fue por ver quien mantenía sus negocios y quien debe pagar los costos de la crisis, además del ya clásico traspaso de una parte fundamental de la misma a los sectores populares. La magnitud de la crisis ha resultado muy importante considerando que los márgenes de explotación hacia abajo ya eran totalmente insuficientes para dirimir esta disputa.

La crisis implica también ajustar cuentas en términos capitalista. En este sentido y visto al día de hoy, las medidas aplicadas desde fines de diciembre están teniendo específicos ganadores y claros perdedores. Los ganadores directos son en primer término los que llevaron sus activos financieros al exterior, los que vendieron (y sobrevendieron) los títulos de la deuda pública argentina antes del default, los sectores que exportan y cobran en dólares, los sectores dedicados al mercado de la intermediación de divisas y los sectores que tienen sus intereses específicos en la licuación de las deudas en dólares que asumieron a lo largo de estos años.

Esta alianza material coyuntural se sustenta inestablemente en el valor futuro que pueda alcanzar el dólar. Su fortaleza está en los negocios especulativos de corto plazo que resultan de la incertidumbre reinante. Por el contrario, los principales perjudicados en términos capitalistas son: los que tenían sus activos en el sistema financiero local (fueron al “corralito”), los que son acreedores de la deuda pública que hoy están en default,¹² los que producen para el mercado interno y que la iliquidez monetaria los afecta de manera grave, los que habían prestado en dólares y las empresas de servicios público que perdieron sus derechos de tarifas dolarizadas. También los ingresos de los asalariados en esta tendencia se nivelan hacia abajo. El cuadro N° 4 presenta de manera resumida las empresas que lideran la economía argentina, ya sea por su ventas locales, su capacidad

exportadora o por su nivel de vinculación con el sector financiero en términos de endeudamiento.

Dentro del ranking de ventas correspondiente a las 30 mayores empresas, nueve son de capital local (Socma, Grupo Clarín, Coto, Pérez Companc, Arcor, Siderar, Aceitera Deheza, Siderca y Droguería del Sur). Dentro del mismo listado sólo siete empresas son norteamericanas (Cargill, Exxel Group, Massalin/Phillips Morris, Coca Cola, Esso, Ford y Movicom/BellSouth). Las empresas de capitales europeos lideran con trece (YPF/Repsol, Telefónica, Telecom, Shell, Norte/Carrefour, Disco/Ahold, Carrefour, Astra/Repsol, Renault, Nobleza/British Tobacco, Edenor, Edesur¹³ y Volkswagen). El capital chileno controla una empresa Jumbo.

Un reciente trabajo del INDEC da cuenta del elevado nivel de extranjerización de la producción industrial local, destacando que el 79.4% de la producción generada por las 500 mayores empresas del país durante el año 2000 (últimas estadísticas disponibles) fue aportado por firmas donde la participación accionaria del capital extranjero es mayoritaria. En materia de exportaciones, la proporción de empresas es aproximadamente 40% locales y 60% extranjeras. El listado visto desde el rubro de las empresas endeudadas internamente liderada por el Grupo Bapro¹⁴ muestra un escenario distinto, el 70% o sea 21 empresas son de capital local con una fuerte concentración sobre la actividad de servicios (teléfonos, gas, agua y telefonía celular), autopistas, construcción y energía. La presencia extranjera es baja con nueve (YPF/Repsol, Telecom, Disco, Telecom Personal, Volkswagen, TGN, Solvay Indupa, Aguas Argentinas y Movicom/Bell South) resultando indicador respecto de la mayor conveniencia que hasta el año pasado tenían la firmas internacionales (y algunas locales) de obtener fondos en el exterior a tasas de interés más bajas que en el mercado local. A setiembre del 2001, los grupos Pérez Companc e Impsat lideraban el endeudamiento empresario argentino en el exterior.

8. La lucha intercapitalista

El ingreso de Argentina en el proceso de globalización, además de los efectos generales que ha tenido sobre las condiciones de vidas de esta sociedad, también ha tenido un significativo impacto en la potenciación de la lucha intercapitalista. Un ejemplo muy preciso de esto puede encontrarse en cómo la crisis política burguesa iniciada a mediados del 2000 y la reciente devaluación de peso argentino, impactaron de manera importante y diferencial sobre los grupos capitalistas internacionales.

De acuerdo a la escala de cada negocio, unos quedaron más comprometidos que otros. Para el caso de las principales empresas españolas con inserción en los negocios globales y que además controlan importantes segmentos del mercado local el impacto fue muy importante. Tomando como fecha de referencia el mes agosto del 2000 (fecha de la renuncia del vicepresidente Alvarez) las acciones en dólares de las empresas españolas con negocios en Argentina habían caído a febrero del 2002 los siguientes valores: Repsol (-39%), Telefónica de España (-37%), Banco Santander Central Hispano (-29%), Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (-22%). Estos números expresan pérdidas millonarias de valor para estas empresas, con fuerte impacto sobre los dividendos a los accionistas¹⁵.

Sin llegar a escalas tan importantes, la crisis local ha sido significativa en los resultados de los grupos norteamericanos como Citibank (banco), AES Corp. (centrales eléctricas), FleetBoston (banco) u otras empresas europeas como Nestlé (alimentos), Crédit Suisse (banco). La lista se extiende a J.P. Morgan (banca de inversión), Banca Nazionale del

Lavoro (banco), Société Générale (banco), Gaz de France (distribución de gas), PSA Peugeot Citroën (autos), Renault (autos), France Telecom (teléfonos), Prudential (seguros).

Sin duda la distribución desigual de los efectos de la crisis argentina será fuente de una nueva vuelta de tuerca en la disputa intercapitalista. Otra premisa para debatir es considerar que el capital de origen europeo, si bien tiene claros e importantes negocios en este país y la región, no desarrolla una estrategia global tan abarcativa como la de Estados Unidos.

9. Los intereses norteamericanos en Argentina ¿Cómo ser igual al resto de América latina?

Múltiples factores operan en relación directa a la idea predominante en los organismos financieros como el FMI, los analistas de Wall Street o la administración Bush y su vocero O' Neill (secretario del Tesoro), cuando sostienen por consigna general para “reordenar” el modelo capitalista la regla: “hagan las cosas que tienen que hacer bien hechas”. La pauta del FMI de “ver y esperar” sin plazo está acorralando al poder burgués local que hoy carece de casi cualquier autonomía política y económica provocando una mayor fragmentación de intereses respecto de las posibles salidas estratégicas. Algunos sectores, pretenden avanzar sobre un gran acuerdo “estratégico” y decisivo con Estados Unidos¹⁶.

Los que postulan una salida en este sentido, no sólo han perdido hace tiempo su carácter de argentinos, sino que además ignoran la gran complejidad para generar negocios de beneficio “mutuo” en relación a la economía norteamericana¹⁷. También obvian otra cuestión vinculada a la lucha intercapitalista, como ser la importante presencia de las empresas europeas que operan en Argentina y en América latina, aun cuando el carácter de su actividad resulta más pasivo.

En este esquema, el bajo atractivo comercial de la “unión” sin duda deberá ser compensado por la magnitud de las concesiones adicionales que Argentina debería otorgar, entre las cuales podría estar la supresión directa de la moneda local a favor del dólar, decisión política estratégica de sometimiento al capital norteamericano, que hasta ahora los 5 presidentes de paso han evitado imponer. Es así fundamentalmente porque esto implicaría un punto de no retorno y afectaría decisivamente a importantes intereses económicos locales.

Si bien Argentina como el resto de América Latina está dentro del área de control político, económico y militar norteamericano, el proceso de sometimiento no es lineal. Considerando que desde siempre la crisis es un mecanismo de ajuste de la producción y la circulación financiera, la crisis conlleva el negocio implícito de poder comprar en algún momento lo más barato posible las mejores empresas locales. Su expresión concreta es, si aumenta el valor del dólar en términos de pesos, se incrementa la capacidad de compra de los inversores. Comprar a bajos precios para los que tienen dólares en el exterior será una estrategia a jugar fuerte por el capital financiero norteamericano que podrá comprar empresas en sectores donde todavía su presencia es acotada (sector petrolero, sector bancario, servicios públicos, etc.) y en donde los intereses europeos y de grupos locales son todavía importantes. Si bien la prioridades de Estados Unidos parecen estar hoy en las áreas conflictivas del petróleo (Medio Oriente,

Venezuela) o la política intervencionista militar (Plan Colombia), las luchas sociales en ascenso de los argentinos no pasarán desapercibidas.

10. El impacto potencial de la extensión de las luchas a partir del 20 de diciembre Sin la existencia de las luchas sociales es posible que el poder financiero internacional opine sobre Argentina desde un costado distante. Esta posición pudo haber sido seguramente la dominante hasta el 20 de diciembre pasado. Lo novedoso ahora es el hecho de que importantes sectores de masas y del pueblo hayan ganado las calles y desencadenaran por su acción directa una crisis política insuperable con una magnitud inesperada por la burguesía local, cuestión que modificó rápidamente los resultados esperados en la evolución de la crisis desarrollada a partir del “golpe de mano” al gobierno de la “Alianza”.

En términos del orden burgués, el número de cinco presidentes en dos semanas con decrecientes niveles de legitimidad es una clara pérdida en la dominación burguesa. En un proceso de crisis en desarrollo, esta situación puede agravarse. En el marco de las decisiones estratégicas continentales muchos analistas económicos y financieros empiezan a darse de la insuficiencia de ver a Argentina como un país donde el riesgo ya no está acotado sólo a las cuestiones propiamente financieras.

Para el orden local, la situación de pedir socorro externo ya se ha planteado explícitamente en los términos enunciados el 7 de febrero pasado por el embajador argentino en USA. El mensaje señala: “El mensaje y el respaldo político lo agradecemos y reconocemos, pero éste es el momento de pasar a la acción directa y concreta, porque la situación es muy compleja y más adelante no habrá tiempo para el arrepentimiento”.

¿Este argumento es real o se percibe desde el exterior como un nuevo intento de presión sobre el poder económico financiero mundial que no parece dispuesto a avalar acciones de quienes no estén dispuestos a ser sus socios directos? ¿A quién se le pone la plata? La respuesta no es fácil de delimitar y puede decirse que en ambos casos (sostener o dejar caer) se juega con fuego.

Debe entonces evaluarse si una vía posible de resolución a la crisis del poder es la asistencia financiera del FMI como parte de un proyecto que intente contener el avance de la lucha de las masas que con decisión y fuerza moral avanzan semana a semana hacia más elevados y extendidos niveles de lucha de clases. Por el momento, la “ayuda externa” parece la carta de negociación más importante a jugar. La posibilidad de ejecutarla tiene relación para el actual gobierno con el tiempo de gestión que le pueda quedar para materializar una nueva alianza.

Avanzar en el sentido de una delimitación más precisa de Argentina como un territorio económico de Estados Unidos es una cuestión que tendrá frontal impacto en los planos político y social. Esta disyuntiva es coyuntural, porque el sistema sin “orden” y “consenso” no puede funcionar. El tiempo intermedio y la incertidumbre sirven hoy para ampliar aún más los espacios de disputa y poder por parte de las masas de una visión del cambio, pero este proceso no será eterno.

¿Qué negocios y quiénes sostienen el actual régimen en completa decadencia? ¿A qué costo político y social? Sin duda la persistencia de esta situación implicará mayores pérdidas de poder y consenso y refleja la actual debilidad de la alianza en el gobierno. No debemos olvidar que esta fracción hoy alcanza una unidad endeble en función de unos mezquinos negocios y por el miedo al avance de las masas. Hay que tener en cuenta,

además, que el escenario de las luchas sociales será utilizado también como moneda de cuenta respecto al riesgo para invertir en Argentina. La incertidumbre política, social y económica también sirve para “abaratarse” las inversiones del exterior.

11. Un modelo que no puede volver atrás, ¿hacia dónde puede avanzar?

Finalmente, la cuestión política central para entender es que con “ayuda” o “sin ayuda” del poder financiero global, la recomposición del orden interno tiene la imperiosa necesidad de una escalada represiva sobre las masas, donde el nivel de extensión y profundidad de la misma aún no puede definirse. Duhalde y Alfonsín reclaman una acción precisa en este sentido. Sin embargo, la necesidad objetiva de restablecer el ORDEN está muy lejos de llegar a ser una estrategia única que pueda homogeneizar el campo burgués. Seguramente durante un período, la búsqueda del orden continuará abriendo inmensos espacios de disputa.

De acuerdo a lo expuesto, la realidad política actual indica que los escasos momentos de “tregua” (tranquilidad en la City financiera, dólar “estable”, rápida aprobación de la Ley de Presupuesto para el 2002, flexibilización del “corralito”, etc.) que pueda alcanzar en las próximas semanas o meses, la banda en el poder seguirá sustentándose en las posibilidades políticas que pueda alcanzar una alianza coyuntural de gran heterogeneidad cuyos objetivos tácticos han sido: 1) la devaluación del peso, 2) el default de la deuda pública, 3) la licuación de las deudas financieras en dólares tanto locales, como del exterior¹⁸, y 4) el desarrollo de condiciones materiales para la rebaja nominal de los salarios, además de caída del valor de los mismos en dólares.

En estas condiciones, la gravedad de la crisis y la disputa en el presente inmediato está dada por el hecho mismo que esta estrategia económica se ha impuesto tácticamente aún a costa de importantes intereses financieros y bancarios, o sea en detrimento directo de uno de los sectores que lideró el proceso capitalista argentino en los últimos años¹⁹.

En vistas al futuro, ¿bajo qué condiciones un banco extranjero querrá volver a dar créditos en Argentina? En simultáneo, la alianza que sostiene al presidente Duhalde también ha perdido en el proceso de crisis a numerosos sectores de la pequeña burguesía que vieron en la vigencia a rajatabla del actual modelo su quiebra ideológica y su ruina material. ¿Qué sectores de la clase media volverán a poner los “ahorros de toda la vida” en el sistema financiero local? Además, esta situación debe encuadrarse con minuciosa precisión en relación a los efectos latentes de la crisis mundial política iniciada el 11 de setiembre en Nueva York por la disputa de los territorios del petróleo y el retorno al poder en Estados Unidos del complejo militar-industrial.

El contexto global de análisis se complejiza más si se suman los efectos aún difíciles de mensurar resultantes de la explicitación ya pública del fraude premeditado realizado por una alianza entre directivos, agentes financieros y controladores/auditores de la empresa Enron Corp. que provocaron la quiebra de una de las empresas del sector energético más grandes del planeta. La particularidad del fenómeno y su gravedad está en que éste ocurrió principalmente en detrimento directo de numerosos accionistas norteamericanos (individuos y bancos).

En esta coyuntura económica mundial difícilmente haya voluntad económica para aportar la reclamada ayuda financiera internacional solicitada por Argentina. En el plano de las alianzas locales, la realidad concreta da cuenta de cuán complejo será para el gobierno salir de esta crisis dada la absoluta desconfianza de inmensas franjas de la burguesía en el

grupo gobernante. Asimismo, desde el punto de vista de las necesidades sociales de producción y trabajo, el estado actual a que llega este modelo muestra la total imposibilidad de generación de nuevos empleos productivos en una economía sin crédito y dominada por el alto peso del sector servicios (66% del PBI). A esto hay que sumar que el sector manufacturero es cada vez menor en términos económicos (entre 1960/1974 fue el 35% del PBI y hoy es el 17%) y que además está fuertemente extranjerizado en su estrategia de producción y decisiones.

Frente a estos datos, está lo evidente, un contexto social real donde no se puede sostener políticamente por mucho tiempo más una elevada tasa de desempleo abierto como 18% tocado en octubre pasado camino al 20/22% (más la correspondiente tasa de subocupación), con un crecimiento sin precedente de los niveles de pobreza.

Aquí entonces ya cabe una pregunta fundamental en la lucha revolucionaria y en la fuerza moral a constituir en la lucha por el poder: ¿La burguesía empresaria, política e ideológica que en sus diversas alianzas llevó el país a la completa bancarrota, puede todavía arrogarse alguna capacidad real de resolver los problemas de millones de personas? Si hablamos de millones de personas, la respuesta contundente es NO.

Asimismo, ¿pueden la luchas populares volver atrás las ruedas del desarrollo capitalista local? ¿Son las tareas de una democracia popular volver atrás el orden económico-social y restaurar el poder de sujetos sociales que ya fueron desplazados de su lugar en la evolución del desarrollo capitalista? Nuevamente la respuesta a ambas preguntas es NO. Como el régimen capitalista no se caerá sólo aún con el potencial agravamiento de la crisis a niveles dramáticos de las condiciones sociales, la acción política de las fuerzas de vanguardia de masas juega un papel central en la posibilidad de superación de esta fase. Se vuelve fundamental instaurar entre el pueblo y en especial en el seno de la clase obrera la idea de cual es el rol fundamental que deben jugar en este proceso de lucha social donde las clases “viejas” ya han demostrado sobradamente su absoluta incapacidad para resolver los problemas básicos del pueblo.

1. En la teoría marxista, las crisis tienen su causa en una insuficiente valorización del capital, lo que a su vez es el resultado de la acción de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. La crisis surge directamente de la acumulación de capital determinada por la ley del valor y sólo puede ser superada por la renovación de la valorización, es decir, por el restablecimiento de una tasa de ganancia adecuada para que continúe la acumulación. En esta idea está implícito el fenómeno que existe una divergencia entre el capital acumulado y la plusvalía existente.

2. El hecho mencionado refiere para nosotros a la respuesta proletaria contra las medidas económicas implementadas el 4 de junio de 1975 por el ministro de Economía Celestino Rodrigo. También con este nombre se hace referencia general a las medidas de liberación del control precios y cambiario ocurridas a partir de esa gestión.

3. Debe recordarse que en 1976 el ministro de Economía Martínez de Hoz sentenció que Argentina “es un país para 14 millones de personas”.

4. Una comparación bastante precisa puede encontrarse en las condiciones económicas y políticas de la República de Weimar en la Alemania anterior a la Segunda Guerra Mundial.

5. Cabe destacar que si bien la tendencia a la concentración de la riqueza es un fenómeno de escala mundial y está muy marcado en la últimas décadas en Estados Unidos, la

magnitud absoluta y la velocidad del mismo determinan escenarios y condiciones políticas diferentes para cada país.

6. El Plan Bonex aplicado el 28 de diciembre de 1989 implicó el canje de todos los depósitos a plazo fijo por un bono a 10 años (Bonex 1989).

7. Algunos de los hitos de este desarrollo pueden establecerse a partir de: a) la “caída del muro de Berlín”, b) la reunificación de Alemania, c) la desintegración militar, política y económica de la URSS, d) la expansión del mercado productivo y de consumo a Europa Oriental, e) la integración de México al NAFTA (North American Free Trade Agreement), f) la reelección de Bill Clinton como representación de los intereses económicos del Wall Street y con poca vinculación a los intereses petroleros y militares y g) el desarrollo de la “burbuja” financiera de las acciones de tecnología.

8. El apalancamiento es cuando un capitalista paga 1.000 por una determinada empresa y la endeuda en 5.000 para financiar el desarrollo de sus futuros negocios. En la década del noventa este fue el gran negocio de los bancos ya sea por el aporte de fondos propios (depósitos de clientes) o por la captación de dinero en el mercado de capitales.

9. Como ejemplo de esta dinámica puede recordarse el caso que al día siguiente inmediato que el español Banco Santander cerró la operación de compra del Banco Río en agosto de 1997, el Banco Bilbao Vizcaya que era su mayor competidor en España cerró la operación de compra del entonces local Banco Francés.

10. Un ejemplo muy claro de este proceso ha resultado la transformación del comercio minoristas, donde los supermercados destruyeron en una década la mayoría de los pequeños negocios atomizados.

11. El encaje bancario es la parte de dinero en efectivo que las regulaciones del Banco Central (BCRA) obligan a una entidad financiera a mantener como reserva.

12. Respecto a esta cuestión es importante evaluar quienes han sido los principales “perdedores” del no pago de la deuda pública argentina que está colocada en el mercado local y en el exterior.

13. El grupo de origen chileno Enersis controla el 51% de la sociedad. La empresa española Endesa controla el 70% de las acciones de Enersis.

14. Las principales empresas del grupo son: Orígenes AFJP, Internacional Vida, Orígenes Seguros de Retiro, Provincia ART, Buenos Aires Design, Provincia Fondos, entre otras.

15. No todo el impacto de estas caídas en valor de las empresas obedece puntualmente a la situación de Argentina, pero sí una parte importante. El caso de Repsol es el más importante porque el 65% de los activos de esta empresa corresponden a la ex YPF.

16. Esto sería posible vía un acuerdo del tipo fast track (vía rápida) que permite al Presidente de los Estados Unidos firmar acuerdos comerciales bilaterales directos con determinados países sin la aprobación particular del Congreso. Este esquema fue aprobado en noviembre del 2001 por la Cámara de Senadores por 217 votos contra 216, dando una precisa visión del estado de la polarización en Estados Unidos respecto al tema.

17. La expresión permanente de esta desigualdad estructural está dada por el déficit comercial crónico de Argentina con Estados Unidos. Por un lado, Estados Unidos es un gigantesco abastecedor de equipamiento tecnológico e insumos industriales; por el otro, es un gigantesco comprador mundial de bienes de consumo, franja en la cual Argentina no es competitiva.

18. La licuación de las deudas operaría si el Banco Central (como ya lo hizo Cavallo en 1982) otorga seguros de cambio, o sea dólares garantizados a un valor predeterminado para cancelar futuros pagos de las deudas financieras en el exterior, principal bonos corporativos privados. Los sectores más comprometidos con los vencimientos en el exterior durante el 2002 (US\$ 8.000 millones) son: Bancos 41%, Comunicaciones 13%, Energía eléctrica 12%, Petróleo 8%, Holding 6% y Gas 6%.

19. Ha trascendido en la guerra de los “medios financieros” que las medidas del “corralito” para el sistema bancario fueron dispuestas a pesar de la oposición explícita de la banca extranjera y en “particular” beneficio del Banco de Galicia. Cabe recordar que el Presidente del Banco Central de la República Argentina (BCRA) en esos días era Roque Maccarone. Este funcionario resolvió la implementación de las medidas y había llegado en el 2001 al BCRA mientras cumplía funciones como consultor del directorio del Banco de Galicia. Entre 1996/1999 ocupó la presidencia del Banco de la Nación Argentina. Asimismo, la disputa en el medio financiero está determinando hoy un muy “atractivo” precio de compra por parte de una entidad extranjera.

Crisis de acumulación

Carlos Marx señala en *El Capital* respecto al desarrollo de una situación de crisis de acumulación que cuanto “más se desarrolla la capacidad productiva, más choca con la angosta base sobre la que descansan las condiciones de consumo (con lo que se acentúa la contradicción) entre las condiciones en que la plusvalía se produce y las condiciones en que se realiza”.

Así queda en evidencia que la “causa última de las crisis reales siempre es la miseria y las limitaciones al consumo de la masas frente a la presión de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si su único limitante fuese la capacidad absoluta de consumo de la sociedad”.

Es evidente que la crisis no sólo tiene su causa en la insuficiente producción de plusvalía, sino también que ha de ser presentada como un problema de realización de la plusvalía y de insuficiencia de la capacidad adquisitiva de la población trabajadora.

Porque las mismas circunstancias que conducen a la caída de la tasa de beneficio y con ello a la limitación del proceso de acumulación, se muestran también en el plano del mercado como insuficiencia de la demanda y como dificultad creciente para reconvertir las mercancías producidas en dinero, en la interrupción del ciclo capitalista que está en la base del proceso de reproducción en su conjunto.